

LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA

A. VIZUETE



LA MUJER DE BRONCE

POR

N.º 9 CLARA KIMBALL YOUNG 30 cts.

La Novela Femenina
Cinematográfica

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:
Diputación, 292 - Barcelona

Año I

Núm. 9

LA MUJER
DE BRONCE

COWEDIA DRAMÁTICA DE PAUL HESTER,
INTERPRETADA POR LA GRAN ARTISTA
CLARA KIMBALL YOUNG

Exclusiva de
L. GAUMONT



Paseo de Gracia, 66
BARCELONA



LA MUJER DE BRONCE

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

En Nueva York, cuando apenas extinguido el eco lejano de los clarines guerreros, triunfaban en las calles las marchas alegres y los gritos entusiastas que acogían la noticia del Armisticio.

En la casa de Leonardo Hunter, un joven escultor de talento, a quien esperaba un luminoso porvenir en la región pura de las Bellas Artes, se hallaban, de visita, sus amigos cordiales Roberto Miles—capitán del ejército—y Mary Courtenay, quienes, en compañía de Magda, la esposa del artista, contemplaban, desde un balcón, el desfile de los soldados americanos de regreso de donde retumbara el cañón y corriera la sangre.

Magda no era sólo esposa en el concepto de hogar; era también la inspiradora del arte de su marido; la que le animaba en los momentos de desaliento; la que tejía a su alrededor una tela fantástica de dicha y tranquilidad, que ayudaba al artista a concebir y a crear.

Como quiera que el escultor no se había asomado al balcón, como ella y sus amigos, Magda, viéndole sentado y triste lejos de ellos,

se aproximó a él, y, mimosa, cual una madre, inquirió la causa de su evidente abatimiento.

—¿Qué tienes, Leo? ¿Qué es lo que te preocupa?

Leonardo, acogiéndose al consuelo de su adorable compañera, le reveló sus cuitas:

—Pienso en esos hombres que vuelven de la guerra. Han estado en el infierno de las trincheras, pero han vivido su vida, mientras yo permanecía egoístamente entre estas cuatro paredes...

—No ha sido culpa tuya, Leo. No olvides que quisiste alistarte y los médicos no te admitieron... Además, prestaste la ayuda de tu dinero y de tu arte.

Así, como siempre, era Magda la que, en las frecuentes crisis morales de su marido, animaba la casa, haciéndola amable y atrayente.

Después del paso de las tropas victoriosas por la calle, los amigos del matrimonio se unieron a éste en el comedor, y en aquel momento apareció un tercer íntimo: "Papá" Bonet, escultor también, en otro tiempo maestro de Leonardo y a la sazón su amigo y ayudante. Era francés y parisién, y añoraba sin cesar los estudios alegres de Montmartre y los bulliciosos cafés del Barrio Latino.

—Este diario trae una noticia tentadora—anunció—. Anímate, Leonardo. Yo te ayudaré y el mundo será nuestro.

—¿Qué es ello?—preguntó el escultor.

—Fíjate. Diez multimillonarios americanos

ofrecen cien mil dólares cada uno por el mejor monumento a la memoria de la gran guerra... ¡Un millón de dólares!

—¡Vaya premio!—exclamó el militar amigo. Y Magda, optimista:

—Leonardo, ¿no te lamentabas de no haber tomado parte en la guerra?... Ahora se te presenta la ocasión de hacerla inolvidable.



—Este diario trae una noticia tentadora. Ánimate, Leonardo. Yo te ayudaré y el mundo será nuestro.

—Es verdad, puedo probar.

—Debes hacerlo. Cuando pasen los años, cuando nadie se acuerde del olor de la pólvora ni de los aullidos de los combatientes, tu obra,

la obra de tus manos, nos seguirá hablando de la epopeya.

—Decídete, muchacho. Yo, tu antiguo maestro que hoy te admira, sé que esa empresa, si en ella pones tu fe y tu talento todos, te coronará con los lauros de la gloria.

—Está bien: me presentaré al Concurso.

Sin perder un minuto, Magda y el viejo bohemio, secundados por Roberto—los tres espíritus nobles que rodeaban y amaban al escultor—, empezaron a preparar el estudio donde Leonardo iba a hacer su obra maestra.

Removiendo—en un momento de descanso—recuerdos del pasado, evocados por bocetos de barro y modelados de yeso, Magda elevó su pensamiento a las alturas celestiales donde debía estar su hijita. Roberto se sentó al lado de la esposa de su amigo, y al apoyar ella, llena de confianza, una mano en la rodilla del militar cruzada en el asiento, tuvo el hombre la tentación de estrechar aquella mano en la suya..., pero desistió de hacerlo, serenándose a tiempo.

Magda, ignorando que Roberto la amaba con toda la fuerza de un primer amor, no apartó su mano de su rodilla, y, como si hablara consigo misma, decía:

—Leo me dice siempre que soy su inspiradora... y esto me pone loca de contento, porque no hay sacrificio que yo no haría para ayudarle en su arte. ¡Qué bueno es! Me quiso siempre con idolatría... y acaso más aún desde

que se nos murió nuestra hijita... Este plato lo modeló pensando en ella... Tiene su misma mirada... esa mirada triste de los niños enfermos.

Roberto tuvo para la inasequible amada palabras llenas de afecto, y luego, respetando el dolor de la remembranza de aquel perdido tesoro, dejola sola.



...tuvo el hombre la tentación de estrechar aquella mano en la suya...

Magda penetró melancólica en la habitación donde muriera la niña—aposento jamás pisado por pies profanos—, y no pudo por menos de llorar acariciando lo que fué y seguía siendo de la nena.

—¿Dónde está Magda?... Quiero darle la noticia... He sido admitido en el Concurso para el monumento de la Victoria—dijo, alborozado, Leonardo, portador de tan grata nueva— a sus amigos el bohemio y Roberto.

—¡Bravo, muchacho!

—Te felicito, amigo mío.

—El estudio ya lo tienes preparado. No te falta más que ponerte a trabajar.

—En seguida, viejo. Voy a ver antes a mi mujer. ¿Decís que está arriba?

Leo desapareció corriendo, como si le faltase el tiempo de ver la sonrisa de Magda en cuanto se enterase de su primer paso hacia el éxito.

Roberto quedó triste, a su pesar, ante la felicidad a toda prueba en que se deslizaban las vidas del escultor y su esposa.

“Papá” Bonet, que no era “miope”, murmuró al oído del militar:

—¿“La” quieres mucho, verdad, Roberto?...

—¿Cómo?... ¿Qué dice usted?

—No temas. Yo sé que tú eres un hombre cabal, un buen amigo de todos, incapaz de un insano deseo. De tanto modelar a los hombres, he aprendido a leer en su corazón. En el mío encontrarás la lealtad de la comprensión.

El salto del lujo a la modestia es siempre penoso, y la familia Morton no tenía entre sus virtudes la de la resignación.

Silvia Morton, prima en segundo grado de Magda, había conocido las sedas, las gasas y las joyas, pero ahora tenía que recurrir a sus conocimientos de "adorno"—la música y el piano—para vivir en una pobreza disimulada.

Renato Morton, padre de Silvia, no podía olvidar el recuerdo de sus diez criados ni de sus costumbres de gran señor. La casualidad puso debajo de sus ojos—fijos en un periódico—el anuncio del concurso para el monumento de la guerra, redactado de esta manera:

Después de las noticias comunicadas ayer a nuestros lectores de que los escultores franceses Pelot y Adrián se habían inscripto en el concurso del millón de dólares, podemos hoy asegurar que también el escultor americano Leonardo Hunter ha entrado a formar parte de dicho concurso, con todas las garantías de éxito...

Morton reflexionó unos segundos, tras de lo cual dijo a Silvia:

—Lee esto—. Y cuando ella hubo terminado—: Me parece que hemos abandonado bastante la amistad de tu prima Magda desde su matrimonio. ¿No crees que sería indicado hacerle una visita?

Silvia, dejando volar su fantasía, no vaciló en decidirse a ir a ver a su pariente.

—No le contesté a las cartas que me escribió... pero es igual. La mejor respuesta es una visita.

—Saldremos pues hoy mismo hacia Nueva York.

Pensado y bocetado el asunto de su obra, a Leonardo sólo le faltaba encontrar el modelo ideal, para la figura central de la estatua, que debía dar al grupo de dolientes soldados toda su significación. Necesitaba una mirada... una mirada de mujer que expresase el dolor y al mismo tiempo la confianza. ¡Sin alma, su obra sería un fracaso!

Muchas fueron las jóvenes que se ofrecieron como modelos, mas ninguna de ellas fué aceptada por Leonardo. No hallaba el rostro poético que su figura central requería. El artista, deprimido por sus estériles esfuerzos en encontrar la "interesante mujer", se abandonaba a su mal humor.

En tan crítico momento, presentáronse en el estudio Morton y Silvia.

Leonardo se levantó de su asiento, creyendo que Silvia era una modelo, y satisfecho de veras de que lo fuera.

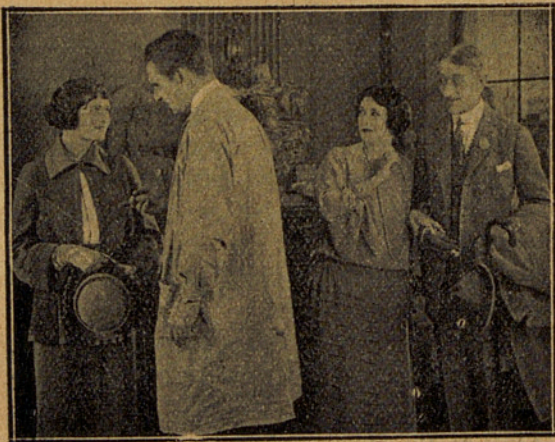
Pero al ver como Magda la besaba y saludaba efusivamente a Morton, comprendió que había incurrido en un error, lamentándolo, pues Silvia le serviría para su obra en proyecto.

Hecha la presentación de los desconocidos primos, Magda enteró a Morton y Silvia del apuro por que pasaba Leo, y, ¡cosa inesperada!, Silvia dió a entender que no tendría in-

conveniente en ayudar al escultor como modelo.

Magda, atenta sólo a la felicidad de su marido, le pidió su opinión respecto del ofrecimiento de Silvia, a lo que Leo, encantado, repuso, dirigiéndose a su prima:

—No quisiera que su amable gesto obedezca a corresponder a la invitación de Magda de



—No quisiera que su amable gesto obedezca a corresponder a la invitación de Magda...

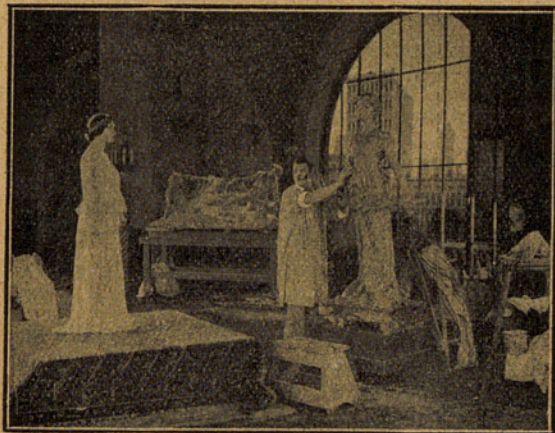
alojarse usted y su padre en nuestra casa unos días. Aceptando usted un papel de mi obra, la estancia con nosotros sería bastante larga. No me atrevo por tal razón a privarla de su libertad.

—Si le sirvo, Leonardo, papá y yo estamos

dispuestos a sacrificarlo todo con tal de testimoniar nuestro afecto a Magda prestándole un favor a usted—contestó Silvia, muy a gusto de Morton.

Pasaron diez días.

Leonardo vivía entregado a su fiebre creadora, viendo cómo, entre entusiasmos y desalientos, iba tomando forma bajo sus dedos el



Leonardo vivía entregado a su fiebre creadora...

sueño que forjara su imaginación.

Silvia ponía todo su empeño en ser agradable a Leo, y muchas veces, con la ayuda de la música que arrancaba a su violín, daba vigor a su debilitado estímulo.

Al décimo día de trabajo en tales condicio-

nes. Magda entró en el estudio con una bandeja en la que estaba dispuesto el desayuno. Silvia vió la intención de su prima de llamar a Leo para que él se desayunara con ellas, y se opuso a ello con esta razón:

—No le interrumpas... ¡Está en un momento de inspiración!

Magda, comprendiendo por primera vez en su vida de casada, que había dejado de ser la inspiradora de su marido, abandonó triste y silenciosamente el taller del artista.

A poco, Silvia interrumpía a Leo y ambos se desayunaban a solas.

*
* *

Ante su obra, Leonardo se daba cuenta de que más bien estaba haciendo una reproducción de Silvia que su soñada alegoría de la Victoria.

—Sí, el cuerpo es perfecto, pero echo de menos el alma... el alma de la victoria, que debe decirnos que ningún dolor, ningún sufrimiento es vano... ¡No encuentro... no encuentro el secreto!—lamentábase Leo.

Silvia, en doloroso mutismo, contemplaba con adoración al artista, doliéndole haberle defraudado en la parte moral.

Entretanto, Morton, sin preocupaciones de ningún género, vivía a expensas de su primo, abusando de tal nombre. Buen lecho, buena comida, buenos puros y buen servicio a cargo del criado—al que consideraba como un esclavo—,

era a lo que se resumía su existencia. Además, más a menudo que de cuando en cuando, le pedía dinero a Leo, quien no sabía negárselo nunca.

En una palabra, Morton era un fresco, más aún: un hombre sin escrúpulos. Prueba de ello era que él sabía cuán cariñosa se mostraba Silvia para con Leonardo, y en lugar de llamarla al orden, para evitar peligrosos resultados, sin respeto alguno a sí mismo hacía cálculos para el porvenir, atribuyendo a su primo el millón de dólares, y asegurándose que ya no les faltaría nada para el resto de sus días a él ni a su hija. (¡!)

El militar amigo del matrimonio Hunter hacía a éste constantes visitas.

Como poco era el tiempo de que disponía Leo para dedicarse a sus amistades y a Magda misma, Roberto se complacía en hacer a ésta compañía, a veces con "Papá" Bonet.

Un día, Magda hizo partícipe a Roberto de un temor que la dominaba toda:

—¿No cree usted en los presentimientos? ¿No cree que el corazón nos anuncia a veces que va a sucedernos algo malo?

El militar, a pesar de temer también algo—no era corto de vista—, se limitó a aconsejar:

—Sea usted optimista como yo, Magda, y riase de los presentimientos.

—Quisiera seguir su consejo, pero no puedo...—prosiguió Magda—. Sobre todo, hoy, parece que el corazón me avisa una desgracia.

Y, en efecto, el presentimiento de la amantísima esposa se cumplía: Silvia, infamemente, había instigado a Leo a prendarse de ella, y en vista de sus vacilaciones se decidía a vencerlo para su causa.

Era en un momento en que Leo, haciéndole una observación para corregir una posición del brazo izquierdo, sintióse acariciado por un gesto de abandono de Silvia. Por un instante predominó el recuerdo de Magda, a quien debía amor y fidelidad; mas luego presentóse inevitable la vacilación.

Entonces fué cuando Silvia, redoblando su coquetería, le dijo, estrechándose contra su pecho:

—¡He aprendido a leer en sus ojos, Leonardo!... ¡Usted tiene miedo de decir lo que piensa, pero yo no!... ¡Le amo... te amo, Leonardo, y tú me amas también!

Leo, tentado por los labios de Silvia, posó apasionado los suyos en ellos.

Y quiso el azar que en aquel momento apareciese Magda en el estudio. El ultraje que su marido le hacía en su propia casa fué como un terrible arañazo en lo más sensible y recóndito de su ser. Sin embargo, fingió no haber visto la culpa, aunque buen susto se llevaron los culpables, sospechando que habían sido sorprendidos.

—Leo... Silvia... Cuando terminéis... La comida está en la mesa—les dijo.

Aquéllos cambiaron entre sí miradas inte-

rrogadoras y sólo llegaron a convencerse de que su delito no había sido descubierto, en la mesa, donde Magda supo ser fuerte y disimular a la perfección la amargura de su alma.

Pero la admirable esposa no hacía eso por miedo de que Leo la abandonase si le acusaba de pleno, sino porque no quería, en un momento de despecho, echar por tierra lo que aun podía tener un arreglo decoroso. Lo que se proponía hacer Magda era digno de la clase de mujer que ella era.

Magda estaba decidida a luchar, a alejar a Leonardo de la influencia de Silvia, a curarle, sin reproches ni quejas, de aquel amor naciente que ponía en peligro su felicidad.

Con hábiles artimañas logró de Leo que la acompañara por unos días a su casita de campo, donde tanto ella como él—él más—podrían descansar y vivir sólo uno para otro.

La partida fué rápida. Tal vez Leo aceptó salir de Nueva York para evitar el caer definitivamente en el abismo en cuyo borde le había colocado Silvia con su atrayente materia sin alma.

Ante la repentina marcha de sus primos, Morton y su hija quedaron perplejos y sin saber qué hacer, Magda no los echó de su casa, sino que, al contrario, les dijo:

—Perdonad que no os hayamos dicho nada de este viaje, que teníamos proyectado desde hace algún tiempo, pero queríamos daros a todos la sorpresa... Desde luego, podéis quedaros

aquí hasta nuestro regreso, aunque temo que os aburráis mucho.

Silvia, desconcertada, no sabía explicarse si detrás de las palabras de Magda se ocultaba el verdadero motivo de aquella brusea determinación.

Morton, para subvenir a sus necesidades durante la ausencia de Leo, pidió "prestada" a éste cierta cantidad de dólares. El artista no se la negó, como de costumbre, desagradándole, no obstante, hacer esa categoría de limosnas.

Unas horas después, el matrimonio pisaba el lugar ameno donde brilló para ellos, años atrás, la luna de miel.

Comieron en plena naturaleza, riente como Magda, que creía reconquistar a Leo en aquel puro ambiente; pero aquel viaje no sirvió más que para despertar en Leonardo la nostalgia de Silvia.

En tales condiciones, el regreso a la casa de la ciudad no se hizo esperar, con gran contento de Silvia a la par que pena de Magda.

Roberto y "Papá" Bonet no dejaron de ver la desastrosa pendiente por la que se deslizaba Leonardo, sin atreverse a intervenir en favor de Magda, que no merecía la conducta que para con ella observaba a la callada su marido.

A fin de que sus ilícitos amoríos con Silvia no se descubriesen en su propia casa, Leo se

entrevistaba con ella en de antemano escogidos lugares.

Una noche, extrañándole la intempestiva salida de Leo coincidiendo con la ausencia falsamente pretextada de Silvia, Magda siguió con toda clase de precauciones a su marido.

Llovía impetuosamente.

Apenas en la calle, Leo se dirigió a un



Comieron en plena naturaleza, riente como Magda, que creía reconquistar a Leo...

"auto" parado a unos pasos de la casa, desde cuyo interior una mano le hacía señas de acercarse, y Magda vió rodar dicho coche por el brillante pavimento, conduciendo al perjurio y a la infiel. Además, a través de la mirilla posterior del vehículo, y desde lejos, distinguió

perfectamente como se unían los rostros de los miserables.

Y en la noche tormentosa, Magda con la muerte en el alma, anduvo y anduvo, sin saber a dónde dirigía sus pasos.

Una muchacha joven, a quien también una traición había puesto en el arroyo, con "degradante misión" para vivir... no pudo menos de decirle a Magda, al sorprenderla en copioso llanto:

—Señora, piense que ningún dolor es tan grande que no pueda llegar a ser mayor... Se lo dice una mujer que ha aprendido en el sufrimiento la experiencia.

—Hay momentos en que una debiera morir...

—No tome la realidad de la vida tan a pecho, señora... Lo que debe usted hacer es irse a su casa y descansar... ¡Eh, *chauffeur*!

—¿Qué va usted a hacer?

—Hacerla conducir a su hogar.

—No llevo dinero... Como salí precipitadamente de casa...

—No importa... Tome...

—¿Cómo se llama usted y dónde vive?

—¿Mi nombre?... De nada le serviría. ¿Mi domicilio?... ¿Para qué?... Acuérdesse únicamente de una muchacha de la calle. Así será usted una menos a juzgarnos mal...

Y la pobre y noble muchacha desapareció en el misterio de la noche.

Entretanto, Silvia y Leo hablaban de ellos.

—Esta situación no puede prolongarse, Silvia... Ni por ti, ni por mí... ni por la misma Magda quiero que esto continúe—decíale Leo a su prima.

—Tú tienes la palabra... ¿Te sientes con valor para renunciar a Magda o no?

—No puedo contestarte ahora, Silvia. Esta misma noche hablaré con ella y veremos lo que se decide.

De regreso a su casa, Magda encontró en ella a varios amigos en fiesta. Entre ellos vió a su íntima Mary Courtenay, quien le dijo:

—Perdona que hayamos tomado tu casa por asalto, Magda... pero teníamos unas ganas locas de divertirnos, y como vosotros sois indulgentes...

—No podías hacer nada mejor, Mary... Lo que siento es no haberme encontrado en casa cuando llegasteis. Si lo hubiese sabido...

Aparte de los demás, como esperando a Magda, se hallaba Roberto.

Al ver a su buen amigo, Magda se le acercó.

—¡Sufro mucho, Roberto! ¡No puedo más! —le dijo.

—¿Qué le sucede a usted?

—Una mujer no puede seguir al lado del hombre que le quita la vida lentamente... Esta noche he seguido a Leo... y lo vi con ella, con Silvia...

—No se aflija de ese modo, Magda... No le dé usted demasiada importancia a lo que no

la tiene... Será una aventurilla pasajera, sin la menor trascendencia.

—No, Roberto, no es una aventurilla...: es un amor. Leo necesita mi cariño, pero necesita también el de ella.

Mary, que se dejaba cortejar por un simpático amigo, oyóle decir:

—No sé lo que piensa usted acerca del matrimonio. Yo creo que es lo mejor que los hombres inventaron.

—Y que lo diga usted. Fíjese en los Hunter... Llevan casados varios años y son tan felices como el primer día, ¿no es verdad, Magda?

Esta, ligeramente turbada, dijo:

—¿Cómo? ¿Me llamabas, Mary?

—Te pedía tu opinión acerca de la vida conyugal. ¿Verdad que no hay nada como la felicidad en el matrimonio?

—Nada, hija, nada.

Pasado ese lapso, Magda prosiguió su interesante plática con el caballeroso Roberto.

—No sé qué hacer. No ya por mí, sino por la obra que Leo debe terminar, no puede marcharse Silvia ahora de esta casa.

—Yo creo que Leo...

—¡No siga! Aquí viene Mary. ¡Por Dios, que no sospeche nada! ¡Ríase usted... ríase!

La amiga de Magda y de Roberto quería bailar con este último, mientras su pretendiente tocaba el piano. Magda se opuso en esta forma:

—No, no me "robes" a Roberto. Le estoy

contando un cuento muy gracioso y tiene que escucharle hasta el final.

—Esperaré oyéndote.

—Baila ahora con otro, Mary—intervino Roberto—y te prometo los dos próximos bailes.

El jolgorio de sus amigos... y la presencia odiosa de Morton, era insoportable para la atri-
bulada Magda, que rogó a Roberto:

—¡Por favor, haga que se vaya toda esa gente!... No la puedo resistir! ¡No sé fingir y voy a romper a llorar!

—No tema: todos nos marcharemos. Sobre todo, prométalo, mucha prudencia.

—Sí, Roberto.

—¡Eh, amigos! Propongo que nos vayamos al estudio de Reignart, que esto está muy fúnebre... Magda no se atreve a venir con nosotros, por miedo a que se incomode su señor marido.

Todos aceptaron; pero Mary, antes de partir, preguntó a Magda, ajena al dolor que le iba a causar:

—Pero oye, ¿no podemos ver la estatua?

—...No, ahora es imposible. Leo está haciendo algunos cambios en ella y ya sabéis cómo es él... no quiere que nadie la mire hasta que esté terminada.

—Bueno, pues; adiós.

Y se fueron todos.

Al despedirse de ella, Roberto dijo, con el corazón en la mano, a su amada en secreto:

—Magda, no necesito decirle nada... Ya sabe que siempre, en todos los momentos, estoy a su disposición.

—Gracias, mi buen amigo...; gracias.



—Magda, no necesito decirle nada... Ya sabe que siempre, en todos los momentos, estoy a su disposición.

*
* *

El "auto" que conducía a Leo y Silvia se detuvo cerca de la casa del primero. Apeóse de él el artista, diciéndole a su "amiga":

—Espérate aquí. Más vale que ella no te vea. Tan pronto le haya hablado volveré...

Y Leo fué a arreglar con Magda la situación creada por la ignominiosa felonía de Silvia.

Como no ignoraba que procedía mal con su esposa, Leo no sabía lanzarse a pecho descubierto a la solución de su "caso". Pero la influencia perniciosa de la falsa prima, pudo más que sus reproches personales a sí mismo.

El diálogo fué el siguiente, adoptando él un hablar excesivamente nervioso:

—Notas un gran cambio en mí, ¿verdad, Magda? ¡Confiésalo! Soy malo; te hago sufrir mucho...

—¡Por Dios, no digas eso, Leo!

—No, nada de mimos ni ternuras... No nos entenderíamos nunca. Tengo que marcharme. He venido aquí para hablar... para que hablemos...

—¡No sigas! ¡No me digas que esto es el epílogo... que va a terminar aquí la historia de nuestro amor!... ¡No! ¡No me lo digas! Siempre me has buscado para consultarme tus asuntos... ¿Por qué no hablar de este también como... como dos buenos amigos?

—Magda, no sé si me creerás... Me causa un gran dolor el separarme de ti... pero tengo que abandonarte...

—¡Oh, Leo! ¡Pensar que no te volveré a ver nunca... nunca! Me ha sido tan fácil amarte

con toda mi alma... Pero si es tu dicha lo que buscas, en mí no encontrarás un obstáculo...

—¡No, Magda, no me comprendes!... ¡Si no es mi dicha lo que busco!... ¡Si yo no quiero irme... debo irme!

—No, de eso no me convencerás, Leo. Si te vas, es porque deseas irte.

—¡Desear!... ¿Sé yo acaso lo que deseo?



—¡Por Dios, no digas eso, Leo!

—Piensa en el daño que vas a hacer, Leo... no ya a mí, que sé resignarme, sino a ti mismo... a tu obra, a la obra en la que habías puesto toda tu fe y todo tu talento.

—¿Mi obra?...

—Sí, tu obra, Leo..., la que todavía puede salvarte... salvarnos...

—¡Mi obra!... Antes pensaba yo lo que tú... la miraba, la tocaba hasta que una nube cubría mis ojos y mis dedos se adormecían... ¿Y sabes lo que mi obra me ha dicho?... ¡Estás agotado...; estás fracasado...: eres un artista sin alma!

—Vuelve a empezar, Leo. Todavía no es tarde... Inténtalo.

Leo, furioso consigo mismo, gritó como loco, penetrando en el estudio y apoderándose de un martillo:

—¡Tú no sabes, no puedes saber lo que significa el fracaso para un artista!—Y, blandiendo aquel instrumento, golpeó la estatua que representaba a Silvia, exclamando—: ¡Esto no es la Victoria!... ¡Es la derrota! ¡Nadie verá esa estatua! ¡Voy a destruirla! ¡Voy a mandarla al Infierno, de donde ha salido!

—¡No, Leo! ¡No hagas eso!

—¡Aparta!

Y Leo deformó el rostro y los brazos del símbolo—sin alma—de la Victoria, huyendo luego de su hogar, por la puerta de servicio, sin rumbo, completamente fuera de sí. Ese fué el resultado de la lucha entre el mal y el bien: una semilocura.

Cansada de esperar en el "auto", Silvia se decidió a entrar en la casa. Apenas la vió, Magda, cegada por el despecho, se abalanzó a ella.

—¡Mira lo que has hecho, maldita! ¡Re-creáte en tu obra! ¡Has agotado su arte, pero

no permitiré que destroces su vida!... ¡Ahora, tú y yo vamos a arreglar nuestras cuentas!

—¡Por Dios, Magda, deja ese cortapapel!

—¡No, no huirás! ¡Así! Déjale... devuélvele lo que le has robado, o...

—¡Socorro!...

—¡Vete, vete!... ¡Te rodea una aureola de veneno! ¡Mira lo que has hecho de él, y mira



—...¡Nadie verá esa estatua! ¡Voy a destrozarla! ¡Voy a mandarla al Infierno, de donde ha salido!

lo que ibas a hacer de mí: una criminal, pues iba a hundirte esta hoja en el corazón!

Pasaron meses, meses de soledad e incertidumbre para Magda, y un día, Roberto, el no-

ble amigo de los Hunter, dijo a "Papá" Bonet, en casa del separado matrimonio, donde el segundo se había instalado para trabajar:

—Hoy he visto a Leonardo y le he dicho que viniese esta noche... No tengo esperanza en una reconciliación, pero lo he visto tan triste y tan abatido...

—¡Pobre Leonardo!... Como Magda está ya



—¡No, no huirás! ¡Así! Déjale... devuélvele lo que le has robado, o...

acostada no se enterará de su visita. Yo me ocultaré en la obscuridad del hall. No quiero que sepa que estoy aquí.

* *

Leo no tardó en llegar. Estaba muy cambiado. Había sufrido mucho.

—No hagas ruido. Ella no sabe que has venido y no quiero que me reprenda por mi atrevimiento—le dijo Roberto.

Leo obedeció y contemplaba en silencio su propio hogar, cual si no recordara cómo lo había dejado.

—¡Oh, qué agradable es estar aquí otra vez, Roberto!... En su casa... en casa de ella...—murmuraba Leo. Y tocando varios objetos—: Esto lo compró Magda hace tiempo... Ibamos de paseo juntos, lo vió en un escaparate y se le antojó... Háblame de ella.

—Yo ceno aquí dos veces por semana... Después de cenar jugamos a los naipes. Luego ella se va a acostar y yo me voy... Esto es todo.

—Tú eres más afortunado que yo...

—Vamos, ámate, Leonardo. Vuelve a tu arte. Eso te dará el valor que necesitas.

—No, Roberto, no puedo... No vale la pena de intentarlo.

Los dos amigos habían penetrado en el estudio. De pronto, Leo se fijó en la estatua de Silvia y se llenó de sorpresa.

—¡Pero si yo la destrocé! ¿Quién la ha restaurado?

—Magda y "Papá" Bonet.

—¿Magda también?...

En aquel instante, como si respondiese a su llamamiento, Magda apareció.

—¡Ella!—exclamó Leo para sus adentros. Roberto los dejó solos.

—Ahora que estás aquí, Leo, voy a decirte

que no tengo inconveniente en que nos separemos legalmente... De modo que tú y Silvia...—dijo Magda a su marido, después de recobrase de la intensa emoción que su presencia en su casa le había causado.

Leo, humillándose por amor a Magda, postrose de hinojos a sus plantas y le habló así:

—No he visto a Silvia desde la noche en que me marché de tu lado... Creo que se casó... ¡No sabes, Magda, lo caro que estoy pagando el dolor que te causé!

—Mi resentimiento se ha pasado ya... No vale la pena de recordar eso.

—Me parece mentira estar aquí, a tu lado... mirándote... hablando contigo.

—Hablemos de otra cosa, Leo. No me hagas entristecerme de haberte visto.

—Perdóname, Magda... Estaba loco cuando te abandoné.

—No, Leo, no estabas loco. Aquella noche destrozaste tu estatua, porque la creías mala, y mi corazón, porque era ya innecesario para ti... La estatua ha podido componerse, pero mi corazón, no.

—¡Si supieras lo duramente que he sido castigado! Tengo anulada la voluntad... soy un autómatas, incapaz del más pequeño esfuerzo.

—¿Por qué has venido esta noche, Leo?

—No podía aguantar más... Me encontraba tan solo y tan miserable...

—¡Pobre Leo!

—¡Oh, Magda! ¡La mirada!... ¡La mirada

que he buscado en todas partes la veo ahora en tus ojos! ¡Habla de dolor y de compasión y de confianza en el porvenir!

—¡Pobres ojos míos! ¡Las lágrimas les habrán enseñado a mirar de ese modo!

—¿Me perdonas, Magda?

—Mañana salgo para Italia... No sé cuánto tiempo permaneceré allí... Quizás algún día nos



—¿Por qué has venido esta noche, Leo?

—No podía aguantar más... Me encontraba tan solo y tan miserable...

volvamos a encontrar...

—Pero mañana... ¿qué voy yo a hacer aquí sin ti?

—“Papá” Bonet estará aquí esperándote... Vuelve los ojos a tu obra, y trabaja.

—Pero... ¿y tu perdón?

—Trabaja, Leo, trabaja. ¡Crea la “Victoria”!

Aquella noche, Magda no pudo conciliar el sueño...

Bajo el cielo añil de Italia, Magda asistía al lento caminar de los meses.

Vivía con sus padres, en una finca junto al mar.

Los pequeñuelos de la vecindad eran su más grato consuelo. La querían como a una hermana mayor, porque siempre los entretenía con juegos y contándoles cuentos de hadas.

Aquel día les contaba la leyenda de unos Príncipes—de su propio repertorio.

...y la Princesa, sangrando por la herida de su corazón, se marchó lejos, muy lejos, para dejar que el Príncipe terminara su estatua...

—¿Y por qué se marchó la Princesa?—preguntó una niña, llorando.

—Porque amaba mucho al Príncipe y quería verlo triunfar.

Y el Príncipe—Leonardo—volvió, triunfador...

Magda, llena de alegría y emoción, le recibió sonriente.

Leo inclinóse ante ella y, mirándola a los ojos, dijo:

—¡Mi “Mujer de bronce” ha obtenido el primer premio, Magda!

—¡No esperaba menos de ti, Leo!

—Pero la mayor victoria es la mía... ¡Me he vencido a mí mismo!

—¡No deseaba otra cosa, Leo!

—¿Y ahora, Magda, olvidarás..., perdonarás?

—He sido fuerte y dura como tu mujer de bronce, porque quería que resucitase en ti el hombre y el artista que habían muerto. Pero hace mucho tiempo que te perdoné, y mis brazos sólo ansiaban estrecharte.

Los niños amigos de Magda se reían escondidos detrás de unos árboles... porque los dos Príncipes del cuento—que no era cuento—se besaban.

FIN

Con esta novela, exija usted la postal-obsequio de
LILLIAN GISH

Prohibida la reproducción

Revisado por la censura militar

Próximo número: EXTRAORDINARIO

La preciosa novela sentimental de la Selección ÓPTIMA del
Programa VILASCA Y LEDISMA

EL ÁRABE

Grandiosa creación de los mimados artistas

Alice Terry y Ramón Navarro

Portada a BICOLOR

Numerosas ilustraciones fotográficas — 64 páginas

Postal-obsequio: HARRISSON FORD

Precio excepcional: 50 céntimos

LA NOVELA FEMENINA CINEMATOGRAFICA
Sale todos los viernes. En toda España.

TALLERES DE LA NOVELA FEMENINA CINEMATOGRAFICA - BARCELONA

